

# La juventud<sup>1</sup>

LUIS AUGUSTO CUERVO\*

---

Señores académicos, señoras, señores:

Un momento de irreflexión y ligereza, atenuado, sin duda, por mi cariño a la Academia, me impulsó a aceptar la insinuación que se me hizo de participar en el ciclo de conferencias organizado por la Junta de festejos Patrios del presente año, y dí como título y tema de mi lectura *La Juventud de Santander*; horas de buen juicio y de cordura me llevaron a comprender la delicadeza del asunto y lo difícil de una disquisición sobre cuestión muy poco trajinada y de escasa documentación. Busqué en el Diccionario de la Academia Española, en su edición de 1925, el significado de *juventud*, y para mayor pasmo de mi zozobra hallé la siguiente definición: "Edad que media entre la niñez y la edad viril". Indagué la acepción de esta última y lei: "Aquella en que el hombre ha adquirido ya todo el vigor de que es susceptible; comprende, en general, algunos años, esto es, desde los treinta hasta

- 
1. Además de los autores que se mencionan en el texto de esta conferencia fueron, también, fuentes de consulta para ella las siguientes publicaciones: *Archivo Santander. Crónicas de Bogotá*, por Pedro María Ibáñez. *El carácter del general Santander*, por Laureano García Ortiz. *La familia de Zea*, por Raimundo Rivas. *Santander*, por Manuel José Forero. *Trayectoria militar de Santander*, por Pedro Julio Dousdebés. *Actas de Angostura*, por Roberto Cortázar y Luis Augusto Cuervo.

\* Fué Presidente de la Academia Colombiana de Historia. Gobernador. Alcalde de Bogotá. Parlamentario. Promulgó muchos trabajos, entre otros "*Epistolario del doctor Rufino Cuervo*", tres volúmenes "*Congreso de Angostura*", "*Congreso de Cúcuta*", "*Congreso de 1823*", "*Apuntes historiales*".

los cincuenta, poco más o menos". Es decir, que, según los académicos de Madrid, la juventud apenas llega o pasa de los seis lustros, cosa discutible y discutida, ya que los que hemos salvado esa valla del tiempo aún nos resistimos a convencernos de aquello que tan bellamente comentó el poeta:

"Divino tesoro, te vas para no volver".

Maestros de juventud para nosotros, que heredamos de España una religión, un idioma y una raza, son aquellos *tres grandes majaderos de la humanidad*, los mayores y de más pulcras ejecutorias, al decir de uno de ellos: Jesucristo. Don Quijote y Bolívar. Y es curioso notar cómo esas vidas, que nacieron para el dolor, para el sacrificio y para el desengaño, tuvieron, cada una en su radio de acción, la fuerza dominadora de cerebros y corazones siempre juveniles en envolturas carnales de prematuros quebrantamientos. Porque no es ella manifestación de energía sometida al rápido correr de las hojas de un calendario ni en sus normas caben las pautas de una orientación definida e invulnerable; tiene ella la cualidad de ser elástica y amplísima, inquieta y dominante, sin otra edad que la que le brinda el propio dueño, desafiador de la opinión ajena y preocupado, únicamente, de conservar fresco hasta donde se quiera o se pueda el alegre manantial del espíritu joven. La juventud la da el individuo, no el diccionario, y por eso ella cambia, se fortifica o desaparece, según la aptitud humana y los mayores o menores bríos que nos dejan el diario bregar, los frecuentes sinsabores y los constantes achaques de una salud en cotidiano peligro.

El Mártir del Gólgota fue siempre joven, en el cuerpo y en el alma, y su palabra, al predicar doctrinas de bondad y de amor, arrastró en su cauda a lo máspreciado de la juventud de entonces, que consagró su afecto al pie de la misma Cruz en el Calvario, cuando María Magdalena confundió sus lágrimas con las de Juan, el Apóstol preferido. El hidalgo manchego, que frisaba ya en los cincuenta años cuando inició sus viajes hacia la inmortalidad, tuvo en todo instante la juventud de su brazo, la pujanza de sus ideales y el acicate incontenible de un optimismo sano y sin dobleces, que es guía y consuelo de los que llevamos la fuerza de la vida en el corazón y no en los músculos. El Libertador, que un día, casi en la adolescencia, desafió a la Naturaleza y luchó contra ella; que jamás supo de debilidades ni vacilaciones y combatió y venció, y subió a lo más alto de los Andes para aproximarse a Dios, y bajó a los abismos del dolor para reconfortar sus amarguras, ese hombre, y perdonadme que llame así a quien es mucho más que eso, fue siempre joven, lo mismo

en la felicidad que en la desgracia, igual en las batallas que ganó que cuando en Pativilca, al parecer desalentado, dió aquel grito, compendio y esencia de una juventud pujante: Triunfar!

En torno a ese ideal, que en los días de la independencia fue ariete formidable para difíciles realizaciones, Bolívar agrupó lo mejor de la juventud de la Nueva Granada para llevar en 1813 la libertad a Venezuela. Allí estaban Antonio Ricaurte y Atanasio Girardot, Francisco de Paula Vélez y Hermógenes Maza, Luciano D'Elhuyart y Joaquín París, José María Vergara y Manuel del Castillo, y mil más que ofrendaron sus energías o su sangre fecunda en holocausto a la República. En medio de ellos marchaba el Mayor Francisco de Paula Santander y a su lado se hallaban sus primos José Concha y Pedro Fortoul.

Cuatro años antes, Santander estudiaba en el Colegio de San Bartolomé de Bogotá y era discípulo en Filosofía de Custodio García Rovira, mártir de la Patria y protagonista después de la batalla de la Cuchilla del Tambo del más bello episodio de amor que guardan los anales de la independencia. "Joven de aspecto distinguido y de bella y agradable figura, notable entre sus compañeros por su consagración e inteligencia", dice de Santander en esa época el General José María Baraya en sus *Biografías Militares*. Poco conocemos de su vida de estudiante. Debió ser ella monótona y cansada, interrumpida a veces por la lectura clandestina de las publicaciones de Nariño, que aún circulaban entre los amigos de la revolución, por el comentario a noticias que llegaban de fuera sobre el malestar político de la colonia, ó por el recuerdo del lejano pueblo natal, en las márgenes del río Táchira, en donde habían quedado caros afectos de familia y amigos que lo admiraban y querían. Siempre guardó Santander honda simpatía al Rosario de Cúcuta, en donde aprendió las primeras letras, que le abrió los horizontes de la Patria, vislumbrada apenas desde las altas torres de la iglesia parroquial, que un día dejaron oír el toque funeral de sus campanas ante el cadáver del doctor Juan Germán Roscio, Vicepresidente de Colombia, y otro día vibraron alegres anunciando a los pueblos la promulgación, dentro de sus muros, de la Constitución del año 21.

Con García Rovira fueron también maestros suyos el doctor Emigdio Benítez, profesor de Derecho Real, y el doctor Frutos Joaquín Gutiérrez, catedrático de Práctica Forense. Aquellas enseñanzas, que en su hora tendrían la culminación definitiva en el martirio y en el cadalso, afianzaron en Santander ciertos principios políticos que ya había adivinado antes de llegar a Bogotá en 1805, cuando en

Cúcuta oía a su madre, doña Manuela de Omaña, aplaudir las noticias que le enviaba su hermano, el presbítero Nicolás Mauricio de Omaña, y a su padre, el Gobernador de San Faustino de los Ríos, don Juan Agustín Santander, criticar tímidamente las providencias de buen gobierno que desde Santafé le dirigía el Virrey don Pedro Mendinueta. Santander mismo en sus *Memorias* dice que de ellos aprendió “a conocer la justicia, conveniencia y necesidad de que éstos países sacudiesen la dominación española”.

Sin embargo, no todo era estudio en las aulas de San Bartolomé. El sobrino del presbítero hacía sus salidas de descanso a algunas casas amigas en donde se bailaba y se cantaba, en santo temor de Dios y del Rey. Una de esas amistades la describe con pluma inimitable don Luis Segundo de Silvestre en su bello cuadro de costumbres titulado *Un par de pichones*, en el cual la figura de Santander, como acertadamente lo observó Monseñor Rafael María Carrasquilla, “se destaca con los dos caracteres que le atribuye la historia: la gentileza del caballero y la severidad, rayana en sevicia del mandatario”.

La escena se desarrolla en Santafé, el año de 1808. Un matrimonio como quedan pocos, de esos que cumplen con la iglesia más de lo que ella manda en asuntos de oraciones y novenas, que saben los años que están casados por el número de hijos con que han aumentado la especie humana y que de vez en cuando, como para corregir desperfectos anteriores, lanzan al mundo un fresco retoño femenino que ríe, y llora, y canta, y grita, pero todo con tal primor y tan ejemplar donaire, que bien se comprende la obra fue encargada a talleres celestiales. Y hasta aquel tranquilo rincón hogareño llegó el estudiante Santander, con sus libros bajo el brazo, que poco a poco fueron a dar a los pies de aquel encanto, compendio y resumen del *gratia plena* que en la hora del Angelus parecía una bendición del cielo en aquella casa feliz. Para solaz vuestro permitidme leeros una página de aquel cuento sencillo y delicioso, fiel retrato de las costumbres de antaño, patriarcales y modestas, en los días precursores del movimiento revolucionarios:

“A las 6 y media o 7 de la noche —dice el autor de *Tránsito*— llegaban las hijas casadas, con sus maridos y dos o tres amigos de la casa. Entre ellos era muy asiduo en sus visitas un joven colegial de San Bartolomé, de los que llamaban *capistas*, que es como si dijéramos externo, quien prendado de Chepita, la de los brazos rollizos, rara vez faltaba a la tertulia de don Pedro, aunque no pudiese, por la vigilancia de doña Catarina, decir al oído de la garrida muchacha la menor palabra confidencial. Era el estudiante gallardo,

galante y decidido, y su continente tenía atractivo a pesar de que el pobrísimo vestido que gastaba no era parte a realzar su gallardía. Componíase éste de una esclavina o capa corta de color de panza de burro, pantalones de marsella tan amarilla como la yema de un huevo, y tan cortos, que dejaban ver los tobillos con calcetines de hilo de Ramiriquí, que, como saben los que alcanzaron a conocerlos, tenían la propiedad de no permanecer sujetos a la pierna sino descender en forma de rosca sobre el zapato, dándole al pie la apariencia de la pata de las palomas que los niños llaman calcetas, por tenerlas cubiertas de plumas. Finalmente calzaba zapatos de cordobán con orejillas sujetas con una estropeada cinta negra, y gastaba, en vez de sombrero, cachucha de paño azul. Dábale este vestido la apariencia de una sota de baraja española; pero así y todo era gallardo; y como tenía muy buenos modales y conversación fácil y agradable, hacía olvidar la pobre, extravagante y raído de su vestimenta. Llamábanlo en casa de don Pedro, el cucuteño, por ser oriundo de Cúcuta. Tratábanlo con tal intimidad, que lo convidaban a rezar el rosario las noches que iba de visita; y después se completaba la velada con juegos de prendas que ponía el cucuteño, que sabía rasquear la guitarra y cantar; y aunque pocas veces se prestaba a este ejercicio musical, porque tenía bastante talento para no volverse vulgar, si lo hacía era a maravilla”.

Cuando el 20 de julio de 1810 tomó forma en la plaza mayor de Santafé la nebulosa revolucionaria, Santander participó en el movimiento interrumpiéndose, poco después, sus estudios de jurisprudencia. “presté el día 20 de julio y siguientes —dice en sus *Memorias*— aquella cooperación que cabía en mi edad de diez y ocho años, y como estudiante.” En el *Diario Político de Caldas* y don Joaquín Camacho, correspondiente al 6 de noviembre de aquel año, está la constancia de la contribución del joven estudiante, que fue la de abanderado del batallón de infantería de Guardias Nacionales de la capital. Su uniforme consistía en “casaca azul corta, forro, solapa vuelta y cuello carmesí con guarnición de galón éste, y las armas de la ciudad en él y la solapa ojalada; la vuelta igualmente guarnecida; chupa y pantalón blanco, botín negro, gorra negra, cubierta la copa con piel de oso y adornada con cordón y borlas del color de las vueltas; un escudo de plata con el nombre del batallón y pluma encarnada”.

¿Cuál era la insignia revolucionaria que enarbolaba el abanderado Santander? Nos atrevemos a creer que ella era roja y gualda, muy semejante a la de la monarquía, pero ya batida por vientos de libertad y llevada en manos que se preparaban para, en un futuro no lejano,

romper los cetros reales de la América española. Al menos así lo sugieren las siguientes frases del mismo *Diario Político*: “La divisa de los vocales es un lazo encarnado y amarillo en el brazo izquierdo. El vicepresidente trae una banda de los mismos colores; ya era tiempo de que se decretase la *escarapela nacional* y que todo ciudadano y toda *provincia reunida* llevase la divisa de la libertad”. Quizás en el bicolor insurgente de la ciudad aleteada entonces el águila negra coronada de oro, con rojas granadas en las garras, que principiaban a desgranarse sobre el Nuevo Reino se siembra milagrosa de protestas y de anhelos.

Así, enarbolando la bandera de la revolución, principió la carrera militar de Santander. tenía entonces el grado de subteniente y el año posterior lo encontramos de secretario del capitán Manuel del Castillo y Rada, en Mariquita, en pugna con las autoridades de la provincia, que negaban acatamiento a la de Cundinamarca. En 1812, ya declarada la primera guerra civil en el país, que derramó sangre de hermanos en campos propios únicamente a los sacrificios por la libertad, Santander ingresó al grupo de la federación como ayudante del General Antonio Baraya, que se enfrentaba con las armas en la mano a la tendencia centralista encabezada por Nariño. Triste es el recuerdo de esta lucha fratricida, en momentos en que la Patria necesitaba del esfuerzo común de todos sus hijos para modificar las formas del gobierno colonial. No queremos detenernos en esos días de odio y de diatriba, alimentados en principios políticos respetables que en los anales de las naciones, en todas las épocas, han sido causa de trastornos colectivos y sociales, y que, para nosotros, en las auroras del siglo XIX, fueron hoguera imprudente y desalentadora que devoró hombres y caudales necesarios para fines más trascendentales. Sin embargo, la guerra preparó los brazos, despertó las tendencias raciales y formó en el granadino de la Patria Boba un concepto del valer individual que después serviría para medir las fuerzas de criollos y peninsulares.

En el ataque a Bogotá, el 9 de enero de 1813, hecho por las tropas del Congreso, el Capitán Santander fue tomado prisionero y herido en una pierna. Terminada la guerra, olvidadas las rencillas y unidos todos en un común sentimiento de resistencia a España, marcharon los patriotas de los dos partidos a Venezuela, con Bolívar a la cabeza y Santander como uno de los jefes del Batallón 5o. de la Unión, formado casi en su totalidad por jóvenes de elevadas posiciones sociales que dieron honor y gloria a aquella meritoria campaña.

Santander quedó en Cúcuta, con cerca de 300 hombres bajo su mando. Le tocó enfrentarse a 2.000 soldados del realista Bartolomé Lizón, y allí principió a conocer todas las atrocidades de la contienda armada, su crueldad y las trágicas perspectivas para el dolor humano. Allí, en medio a escenas de odio y de sangre, entre campos desolados y mujeres y niños perseguidos, aprendió el futuro gobernante a simular la indiferencia ante la muerte y adquirió su carácter cierto estoicismo guerrero que en ocasiones lo llevó a rígidas sanciones punitivas, que quizás habrían podido aminorarse.

Durante estos primeros años de la guerra, Santander dio muestras de un alto espíritu militar, impetuoso y valiente, a veces irreflexivo, en alguna ocasión desobediente a órdenes superiores erradas pero que debían cumplirse. Desde entonces muestra el joven militar su respeto por la opinión pública y su inclinación a la voluntad del pueblo soberano. Hay lunares en ese acto preliminar del gran drama de la independencia, pero de él surge el organizador de la victoria con una personalidad propia e inconfundible, basada en el concepto del propio valer y en el acatamiento a la ley natural o escrita, que siempre puso por encima de los mandatos de la espada. Y así, hoy vencido, mañana vencedor, ganando sus grados de oficial en rigurosa escala ascendente, llega Santander al año de 1819, corazón y nervio de la magna epopeya, y adivinamos su espíritu en la aldea de Setenta, a orillas del correntoso Apure, resolviendo la suerte de la Nueva Granada y de toda la tierra española. En una choza arruinada, presididos por Bolívar, la juventud de Colombia y los llaneros venezolanos formaban el primer congreso nuestro de origen verdaderamente popular, como que era la libertad lo que allí los reunía. “No había una mesa en aquella choza, —dice el General O’Leary— ni más asiento que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado, no hacía mucho, una guerrilla realista. Sentados en esas calaveras, que la lluvia y el sol habían blanqueado, iban aquellos jefes a decidir los destinos de la América”.

Se resolvió en esos instantes la invasión al Nuevo Reino de Granada, con la mira primordial de ocupar a Santafé, de acuerdo con los informes de Santander, que observaba al enemigo desde su cuartel general de Tame. Días después, tras de duras jornadas por caminos ásperos y ardientes, Bolívar, en junta de guerra, discutió la ruta para trasmontar los Andes. Triunfó el plan de Santander, opuesto al del Jefe supremo, y principió el ascenso a la cordillera. Al calor sofocante de la llanura sin límites sucedieron los picachos envueltos en neblina y las alturas eternamente blancas. La naturaleza parecía

oponerse a los patriotas, que envueltos en harapos gloriosos traían el derecho territorial en la punta de sus lanzas, muchos quedaron en la cima, con sus rostros al cielo, los ojos desmesuradamente abiertos para copiar en ellos el paso de las nubes y el vuelo de las aves, símbolos de la difícil libertad que con su valor buscaron. Un siglo después del sacrificio, quien ahora habla cruzó en la grata compañía paterna aquellas soledades, donde el alma en el silencio y en la altura se encuentra más cerca de Dios, y vio blanquear sobre las rocas calcinadas por el frío algunos huesos humanos. Al sentir en el corazón el pasado secular y ver la vía dolorosa que recorrieron nuestros libertadores, hubo en los labios algo que fue oración, que fue sorpresa y que fue reconocimiento.

Jefe de la División de vanguardia era el General Santander. Su segundo, como Jefe de Estado Mayor, lo era su primo el valiente Coronel Pedro Fortoul. La historia de esta campaña, que principió sobre las márgenes de los lejanos ríos orientales y terminó en Pantano de Vargas y Boyacá, bien relatada está ya en libros que casi todos hemos leído y apreciado. En ellos la figura juvenil de Santander se destaca con caracteres de ejemplar fogosidad, hidalguía y acierto, que hicieron de ella para los granadinos la personalidad política de mayores capacidades después de la del Libertador. Así lo reconoció Bogotá, al celebrar el triunfo, en los homenajes que se hicieron a las tropas vencedoras.

Era Santander entonces —según O’Leary— “de regular estatura, un tanto corpulento, lo que quitaba a su porte la gracia y dignidad de sus movimientos. De cabellos lisos y castaños, tez blanca, frente pequeña e inclinada atrás, ojos pardos con largas pestañas, hundidos, vivos y penetrantes, nariz recta y bien formada, labios delgados y comprimidos y barba redonda y corta”.

Los primeros aniversarios de la Independencia nacional, durante la administración del General Santander como Vicepresidente, tuvieron en Bogotá y pueblos vecinos inusitada pompa y esplendor. En Funza, especialmente, se hacían grandes fiestas de toros a las cuales concurría el jovial mandatario, quien “no se torcía el bigote”, según dicho del testigo presencial don José Manuel Groot. Este historiador dice también “que era muy popular y alegre y alternaba con la mejor sociedad, con el pueblo y con los *orejones* de la sabana, campesinos honrados y pudientes”.



El 7 de agosto de 1820 se celebró en la capital suntuosamente. Un año había sido suficiente para despertar sentimientos de fraternidad hacia los liberales y republicanos españoles, y fue tal la sinceridad y entusiasmo de ese afecto que en las calles de Bogotá se entonaron las estrofas del himno de Riego, especialmente aquella que ciertos decires populares atribuían a un notable prócer granadino, alternando los versos con la música marcial de *La Vencedora*, que fue el auténtico clarín de la victoria de Boyacá, y el canto de las populares cuartetos del doctor José Félix Merizalde:

“Ya salen las emigradas,  
ya salen todas sin juicio,  
con la noticia que trajo  
el coronel Aparicio.

Ya salen las emigradas,  
ya salen todas llorando  
detrás de la triste tropa  
de su adorado Fernando”.

Esa tarde hubo comida en palacio en honor de la sociedad bogotana. Se pronunciaron discursos, que éste es el mal del cual nunca nos enmendaremos, y el poeta y doctor Francisco de Urquinaona, el mismo de quien dijo el satírico Francisco Javier Caro que

“si no anda con enjalma  
es porque le viene chica”.

recitó un soneto laudatorio que muestra el estilo literario de la época. Dijo el vate:

“Del Cid descuelgue España la armadura  
De esa antigua pared ya carcomida,  
Y la espada nos muestre enmohecida  
Que de pelayo ostente la bravura.  
Caven sus manos triste la sepultura  
Para esta libertad tan perseguida,  
Y forje por doquier, embravecida,  
Fuertes grillos, asaz cadena dura.  
Convoque los tiranos fementidos  
Que infestan esa Europa esclavizada,  
Y acométannos todos reunidos;  
De Colombia la hueste denonada

Libertará cien mundos oprimidos  
Si Santander la ayuda con su espada”.

En la mascarada del día siguiente el Vicepresidente se disfrazó de soldado del batallón *Bogotá*, y en ese uniforme se asomó al balcón de la casa con su amigo Urquinaona. El jefe de aquel cuerpo, Coronel Rafael Ayala, que tenía el orgullo de la disciplina y orden de su tropa, mandó bajar al disfrazado y castigar su audacia. Todo se aclaró y la alegría estrechó en un cordial abrazo a las dos autoridades. Se hizo desfile ecuestre a San Victorino, en cuya plaza se levantaron tres grandes columnas simbólicas de los tres departamentos de Colombia. Damas y caballeros montaban briosos corceles y hubo juegos de sortija y simulacros de justas y torneos. “El Vicepresidente, General Santander, —dice un autor de la época— que al rayo del sol brillaba como una ascua de oro por los bordados, charreteras y galones, se desprendió el primero del gran grupo que habían formado los del paseo, y acercándose en su fogoso caballo a la columna del medio, fijó en ella el nombre de Bolívar en letras de oro; aplausos y vivas llenaron los aires”.

Escritores contemporáneos de Santander, que lo trataron muy de cerca y pudieron apreciar sus cualidades, nos dejaron descripciones de sus costumbres y hábitos sociales, que bien merecen recordarse. Don Manuel Pombo dice: “Al General Santander lo conocí mucho y lo vi muy de seguido y muy de cerca en las íntimas relaciones que llevaba con mi padre, que era con el que más trabajaba entre sus Secretarios de Estado, por serlo de lo Interior y Relaciones Exteriores. Era un hombre hermoso y arrogante, de gran talla, robustos miembros y apostura imponente. La palabra sonora y acompasada caía de sus labios llena de grandeza y gracia, y en sus modales la distinción y la dignidad se revestían de soltura y de donaire. Afluente, llano y jocosos en el trato común descendía hasta la última escala social hasta cantar, comer y jugar con el pueblo; pero ni aun entonces dejaba de ser quien era; bajaba él hasta ellos, pero ellos no subían un punto hacia él; poseía el raro don de mantener a cada cual en su puesto, por su mero ascendiente y sin imponerse ni suscitar descontento. Trabajador incansable y severo e incontrastable en el mando, era, fuera de él, el hombre más popular: concurría a las fiestas, bailaba en los bailes, replicaba en los certámenes, jugaba ropilla en casa de sus amigos, visitaba a los religiosos en sus conventos y a los soldados en sus cuarteles, paseaba por las calles, tertuliaba en los almacenes de los comerciantes, estaba, en fin, en todas partes, sabía

toda la crónica, se adaptaba a todas las situaciones y para todo lo alcanzaba el tiempo”.

Don Juan Francisco Ortiz refiere en sus amenas *Reminiscencias* que el traje ordinario del prócer consistía “en un gran sobretodo de paño verde botella, forrado en piel; pantalón de grana con galones de oro fino; botas con espolines de oro; sombrero militar con plumaje blanco, y bastón de carey con puño de oro y esmeraldas”.

Y el Príncipe Pedro Bonaparte dijo y lo escribió: “He conocido todas las majestades de Europa y puedo asegurar que no he visto a nadie en quien la naturaleza haya impreso con caracteres más fuertes el don de mando que en el General Santander”.

Si buscamos en autores modernos conceptos similares a los transcritos, me bastará recordar a mis benévolos oyentes la charla santafereña que hace ya varios años hizo en los salones hogareños de nobilísima dama bogotana el doctor Laureano García Ortiz, amigo apreciado y muy querido. Comentaba el conferencista las actuaciones de *la Empresa*, grupo literario de fin de siglo, hermano de *El Mosaico* y de *La Gruta Simbólica*, y al hablar del *cachaco bogotano* probó, con lujo de razones y sin mayor esfuerzo para hallar los argumentos, que el General Santander fue el *cachaco* colombiano perfecto, hidalgo y generoso, alegre y cultísimo, de buena preparación intelectual, chistoso y ocurrente, en ocasiones algo calavera, patriota sin ostentación, que gustaba siempre de dejar ver sus pequeños defectos y en vano trataba de ocultar cualidades de gran señor que en todos sus actos se mostraban. Eso fue Santander, un verdadero *cachaco*, que honró la sociedad en que actuó y que dejó ejemplos de vida que desgraciadamente son muy pocos los que tratan de seguir, ya que no de imitar.

Hay en la juventud de Santander un aspecto sentimental bastante curioso, al cual queremos referirnos ahora. Es su noviazgo y planes matrimoniales con la hija de Zea, doña Felipa Antonia Zea y Meilbon, nacida en Madrid el 17 de abril de 1807 y que para 1821, época del asunto que tratamos, era “un prodigio de hermosura y habilidad”, según confesión epistolar del orgulloso progenitor. No conocemos carta alguna de Santander sobre el pretendido enlace, y en cambio son varias las de Zea que de él tratan, con bastante libertad de palabra, y con un cariño hacia el joven Vicepresidente de Colombia que nos hace dudar un poco de la sinceridad del negociador colombiano en Londres, figura aristocrática de altísimo relieve,

derrochador de los caudales propios y ajenos, que quiso cubrir a la patria "con un manto de oro" y puso su nombre, en Europa, en puesto destacado cuyas expensas hasta hace pocos años estuvo pagando la Nación. Fue este noviazgo algo así como la media correspondencia de que hablaba el enamorado de marras, que escribía y escribía a la causante de sus desvelos y ella guardaba terrorífico silencio. Con la diferencia de que quien en nuestro ocaso hablaba era el opulento padre de la doncella y quien callaba era un presunto yerno de magníficas ejecutorias en la Independencia de América. Mejor que nosotros hablarán los documentos. El 18 de febrero escribía Zea:

"Mi querido Santander:

Acabo de recibir con un atraso increíble el pliego de usted con su retrato, que ha llegado en muy buen estado. Se sacará por él uno grande y se hará grabar. Haré uso de la nota que acompaña del modo más honorífico para usted, cuyo crédito se halla bien establecido por el acierto de su administración, así como lo estaba por su valor y pericia militar. He leído con gusto su exposición sobre el artículo de los oficiales españoles prisioneros en Boyacá y celebro mucho no encontrar yo que tachar en la conducta de usted, que miro como hijo, que me complazco en darle este nombre por cariño, y miraré como mi mayor felicidad dárselo por la ley, casándolo con mi hija. Esta idea me es muy lisonjera, y si en llegando allá mi familia se halla de acuerdo la voluntad de uno y otro, los días que me resten de vida serán tranquilos y dichosos.

Aquí estuvo mi familia a verme; pero fue preciso se volviese pronto por no perjudicar a la educación de la niña, de cuyos progresos y carácter informará a usted su padrino Nariño.

Páselo usted bien, mi querido hijo, y mande a su mejor amigo, —  
*Zea.*"

El retrato que menciona la carta anterior fue ejecutado por Reynolds, grabador del Rey de Inglaterra, tres años después, ya muerto *Zea*, y es aquel en el cual el Vicepresidente de Colombia aparece con vistoso uniforme de húsar, muchas medallas, la espada en una mano y en la otra un rollo de papeles de Estado. Es una figura ligeramente estrambótica, que no representa al adalid de la libertad y la democracia y que en la extensa iconografía del prócer ofrece un aspecto en oposición al medio a las ideas del Continente. La misma

carta trae una felicitación por el fusilamiento de los prisioneros de Boyacá, que forma extraño contraste con lo que el olvidadizo diplomático escribió sobre el asunto, desde San Thomas, a la diputación permanente del Congreso de Angostura, de lo cual hay constancia en el acta de la sesión del día 16 de mayo. A Bolívar también le dijo: "Mucho mal nos han hecho las represalias intempestivas de nuestro amigo Santander".

No consideramos fuera de lugar advertir que en la sesión del Congreso reunido en la capital de Guayana, de 19 de enero de 1820, "se leyó una representación del honorable señor *Zea*, en que manifestando su misión a Europa, encargado de diversas e interesantes comisiones del Gobierno, y los peligros y males a que se va a exponer, recomienda a la munificencia del Congreso la suerte de su mujer y una hija pequeña". El cuerpo legislativo, por unanimidad, concedió a *Zea* y a su familia, de acuerdo a lo insinuado por el peticionario, una propiedad raíz de valor de 50.000 pesos, que los mismos interesados elegirían, o su equivalente en dinero; y a la esposa e hija el montepío militar correspondiente a las viudas y huérfanos de los capitanes generales. Esta disposición no se cumplió. La antigua prometida de Santander hizo gestiones para la efectividad de tal oferta, con resultado negativo por parte de Colombia. En 1890 se resolvió definitivamente el asunto, siendo negada por el Senado de la República la deuda contraída en 1820.

El 8 de marzo decía *Zea* a Santander:

"Escribí a usted de prisa el correo pasado, sólo por manifestarle la satisfacción que había tenido con sus cartas, con su retrato y con el título de padre, que me es tan lisonjero. Repito a usted lo que le dije entonces, que no sólo doy a usted por afecto particular el tratamiento de hijo sino que el objeto de mis deseos es que lo sea efectivamente uniéndose con mi hija. Esto depende de la libre voluntad de uno y otro; pero yo me lisonjeo que se hallarán de acuerdo luego que se conozcan. Entre tanto sólo atiendo a completar su educación, que creo es de las más perfectas. Sea que yo me vaya pronto o tarde, ella y su madre se irán por mayo de 1822".

Las líneas anteriores dejan establecido que Santander también escribió de acuerdo con los planes de *Zea*. Las cartas del primero, de las cuales, por los motivos íntimos que en ellas se trataban, parece no quedó copia en Bogotá, quizás se perdieron en Londres o tal vez, con mayor probabilidad, fueron destruidas por Felipa cuando contrajo

matrimonio, en 1834, con el Vizconde Alfredo Gauthier de Rigny, sobrino del famoso Barón Louis, Ministro de Finanzas en los días de la restauración y bajo Luis Felipe.

El 10. de abril escribía Zea desde Calais:

“Ya he manifestado a usted en otra carta cuán lisonjero me es el título de padre con que usted me honra y me halaga. Nada deseo más ardientemente sino que mi hija y usted me den el gusto de usar de este título no sólo por afecto, sino por realidad. Pasado mañana tendrá mi familia el gusto de conocer por su retrato a mi querido hijo Santander. Pronto será grabado y remitiré a esa multitud de ejemplares. Páselo usted bien, mi querido hijo”.

Y la carta de presentación de Santander, del matemático español José María Sanz, encargado de levantar el mapa geográfico de la República, termina con la siguiente frase: “Me hallo convaleciente de una gravísima enfermedad; apenas puedo tomar la pluma y habré de contentarme con decir a usted que siempre soy el mismo, que siempre miro a usted como a un hijo y un hijo primogénito, que me intereso en su gloria y en su felicidad, que lo amo de todo corazón y suspiro por reunirme a usted para no volverme a separar”.

El 22 de noviembre de 1822 murió en Bath don Francisco Antonio Zea, amargados sus últimos días por la revocación que de sus amplísimos poderes, otorgados por el Congreso de Angostura, hizo el de Cúcuta, y la improbación que a su política fiscal dieron Bolívar y Santander. Con él se llevó la mayor ilusión de su vida de familia, que fue la de casar a su única hija con el primer Vicepresidente de Colombia. Las finanzas de la Patria, que en el exterior se hallaban completamente arruinadas, y el esfuerzo formidable, aunque equivocado, que hizo aquel ilustre granadino para levantar el crédito y obtener empréstitos para continuar la guerra, debilitaron su organismo de luchador y apagaron aquel corazón que en las márgenes del Orinoco proclamó el nacimiento de Colombia, con palabras de una elocuencia muy raras veces superada en nuestros parlamentos.

Así terminó ese extraño idilio de dos corazones que no se conocieron y tal vez nunca se amaron. La hija de Zea, ahijada de Nariño y prometida de Santander, que fue bella y brilló en los salones de París, que pudo unir su suerte a la del más ilustre granadino, murió en su castillo condal, ya octogenaria, el 4 de septiembre de 1887, viuda hacía catorce años del Vizconde de Rigny. Sus hijos, que fueron

cinco, cuatro mujeres y un hombre, ocuparon muy altas posiciones, y sus descendientes, que han sufrido los vaivenes de la Europa convulsionada de los últimos lustros, quizás ignoran su origen colombiano y la sangre antioqueña que llevan en sus venas, que en más de una ocasión les ha dado energías para las luchas del patriotismo, en Francia, y les ha salvado de claudicaciones y desfallecimientos. En cuanto a Santander, no conocemos referencia alguna suya a aquellos instantes de su vida; la política y, más que ella, las finanzas de la Patria, acabaron con todo lo que para entonces guardaba su corazón. Por eso escribió al Coronel Joaquín París, cuando éste le pidió permiso para casarse: "Olvida amores y no pienses sino en adquirir gloria y honor por tu Patria".

Debo terminar. Otro día, si vuestra generosidad me lo permite, entraré más a fondo en el corazón juvenil de Santander y comentaré sus desaveniencias políticas con el doctor Márquez, nacidas en la suave penumbra de un salón señorial, en Tunja, y me detendré en una dulce figura femenina que desde la ciudad de Ocaña irradió la alegría del amor en el alma turbulenta del patriota granadino; también analizaremos la cláusula 6a. del testamento otorgado en Bogotá el 19 de enero de 1838, y al pasar con la discreción debida sobre el inquieto vivir de doña Paz Piedrahita, dueña y señora un día del corazón del prócer, nos demoraremos con placer en el noble recuerdo de aquella gran matrona que se llamó Sixta Pontón de Santander.

Dejó, en esta forma cancelado el atrevido compromiso que adquirí con la Junta de Festejos para hacer la última lectura del ciclo de conferencias del presente año. Para la Academia, mis rendidas excusas por la manera deficiente como he cumplido el encargo, y para vosotros, señoras y señores, mis agradecimientos por la bondad con que me habéis escuchado.

Bogotá, agosto 10 de 1936.